

vuelve en su manto poético, y juega con sus períodos y sus hemistiquios. Todo en ella será sutil, mezquino y falso; no tendrá siquiera la ventaja de conservar en su esplendor esa lengua de que está locamente enamorada; en vez de marchar por la senda de los genios de transición, de los Tácitos, de los Tucídides, de los Maquiavelos y de los Montesquieu, caerá irresistiblemente, de la majestad de Cicerón, á las sutilezas de Séneca, á las antítesis de San Agustín, y á los retruécanos de San Bernardo.

No nos hagamos por lo tanto ilusiones: desde el momento en que el espíritu, que por de pronto está todo en el verbo, pasa al terreno de la experiencia y del trabajo, el literato propiamente dicho no es ya más que la personificación mezquina de la menor de nuestras facultades; y la literatura, desecho de la industria intelectual, no encuentra despacho sino entre los ociosos á quienes divierte y los proletarios á quienes fascina, entre los juglares que asedian el poder y los charlatanes que en él se defienden, los hierofantes del derecho divino que embocan el porta-voz del monte Sinaí, y los fanáticos de la soberanía del pueblo, cuyos ya raros órganos, reducidos á ensayar sobre sepulcros su facundia tribunicia en tanto que puedan derramarla desde lo alto de la tribuna, no saben ya dar al público sino parodias de Graco y de Demóstenes.

La sociedad está pues de acuerdo en reducir en todo, indefinidamente, la condición del trabajador particular; y la experiencia, confirmando en todas partes la teoría, prueba que ese obrero está condenado al infortunio desde el vientre de su madre, sin que puedan aliviar su suerte ninguna reforma política, ninguna asociación de intereses, ni ningún esfuerzo de la caridad pública ni de la enseñanza. Los diversos específicos imaginados en estos últimos tiempos, léjos de

poder curar la llaga, no servirían sino para exacerbarla irritándola; y cuanto sobre este punto se ha escrito, no ha hecho más que poner en evidencia el círculo vicioso de la economía política.

Vamos á demostrarlo en pocas palabras.

§ II.—Ineficacia de los paliativos.—Blanqui, Chevalier, Dunoyer, Rossi, Passy.

Todos los remedios propuestos contra los tristes resultados de la división del trabajo se reducen á dos, que en rigor no son más que uno, pues el primero es el inverso del otro: moralizar al obrero aumentando su bienestar y su dignidad, ó bien ir preparando su emancipación y su lejana dicha por medio de la enseñanza.

Examinaremos sucesivamente estos dos sistemas, que tienen por representantes el uno al Sr. Blanqui, y el otro al Sr. Chevalier.

El Sr. Blanqui es el hombre de la asociación y del progreso, el escritor de tendencias democráticas, el profesor simpático del proletariado. En su discurso de apertura del año 1845, ha proclamado el Sr. Blanqui, como medio de salvación; la asociación del capital y del trabajo, la participación del jornalero en los beneficios del maestro, ó sea un principio de solidaridad industrial. «En nuestro siglo, ha exclamado, ha de nacer el productor colectivo.» Olvida el Sr. Blanqui que el productor colectivo ha nacido hace ya mucho tiempo, como también el consumidor colectivo, y que la cuestión no es ya genética, sino de medicina. Se trata de hacer que la sangre procedente de la digestión colectiva, en vez de agolparse en la cabeza, en el vientre y en el pecho, baje á los brazos y á las piernas. Ignoro por lo demás qué medios se propone emplear el Sr. Blanqui para realizar su ge-

neroso pensamiento: si la creacion de talleres nacionales, ó la comandita del Estado, ó la expropiacion de los capitalistas y su reemplazo por compañías de trabajadores, ó si por fin se contentará con recomendar á los obreros la caja de ahorros, en cuyo caso podrá aplazarse esa participacion para las calendas griegas.

Como quiera que sea, la idea del Sr. Blanqui está reducida á esos aumentos de salario procedentes del título de consocios, ó á lo ménos de co-partícipes, que da á los jornaleros. Veamos, pues, qué le valdria al obrero esa participacion en los beneficios.

Una fábrica de hilados de 15.000 husos, que ocupa á 300 obreros, no da con mucho al año de beneficios 20.000 francos. Sé por un industrial de Mulhouse que las fábricas de tejidos de Alsacia están generalmente á ménos de la par, y que ya esta industria no es una manera de ganar dinero por medio del *trabajo*, sino por medio del *agio*. VENDER, vender oportunamente, vender caro, es toda la cuestion: fabricar no es más que un medio de preparar una operacion de venta. Cuando, pues, supongo, por término medio, un beneficio de 20.000 francos por taller de 300 personas, como mi argumento es general, falta mucho, faltan 20.000 francos para que yo esté en lo cierto. Admitamos, sin embargo, esta cifra. Dividiendo 20.000 francos, supuesto beneficio de la fábrica, entre 300 personas y entre 300 jornales, encuentro para cada una un aumento de sueldo de 22 céntimos y 2 milésimas, ó sea para el gasto diario un suplemento de 18 céntimos, exactamente lo que se llama un pedazo de pan. ¿Vale esto la pena de expropiar á los asentistas y jugar la fortuna pública, para venir al fin y al cabo á crear establecimientos tanto más frágiles, cuanto que estando desmenuzada la propiedad en partes infinitesimales de accion, y no sosteniéndola ya los beneficios, carecerian de lastre las empresas y

no estarian ya al abrigo de las tempestades? Y si no se trata de expropiacion, triste perspectiva para la clase jornalera la de un aumento de 18 céntimos, por premio de algunos siglos de economías, porque siglos necesitará para formar sus capitales, suponiendo que las faltas periódicas de trabajo no la obliguen á comerse periódicamente sus ahorros!

De muchas maneras ha sido presentado el hecho que acabo de referir. El mismo Sr. Passy *, por los libros de una fábrica de hilados de Normandía, en que los obreros estaban asociados con el capitalista, ha buscado cuál habia sido el salario de muchas familias durante diez años, y ha encontrado salarios medios de 1.200 á 1.400 francos por año. Ha querido luego comparar la situacion de los jornaleros de fábricas de hilados, á quienes se paga con arreglo á los beneficios obtenidos por los maestros, con la de los obreros pura y simplemente asalariados, y ha reconocido que son casi insensibles las diferencias. Fácil de prever era este resultado. Los fenómenos económicos obedecen á leyes abstractas é impasibles como los números; no turban su inmortal armonía sino el privilegio, la arbitrariedad y el fraude.

El Sr. Blanqui, arrepentido á lo que parece de haber hecho esta primera concesion á las ideas socialistas, se ha apresurado á retirarla. En la misma sesion en que el Sr. Passy demostraba la insuficiencia de la sociedad en participacion, dijo: «¿No parece verdaderamente que el trabajo sea cosa susceptible de organizacion, y dependa del Estado arreglar la suerte de la humanidad como la marcha de un ejército, y esto con una precision enteramente matemática? Es esta una mala tendencia, una ilusion

* Sesion de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, setiembre de 1845.

que la Academia no combatirá nunca lo bastante, porque es no sólo una quimera, sino tambien un peligroso sofisma. Respetemos las buenas y leales intenciones; pero no temamos decir que publicar un libro sobre la *organizacion del trabajo*, es hacer por la quincuagésima vez un trabajo sobre la piedra filosofal ó la cuadratura del círculo.»

Llevado luégo de su celo, el Sr. Blanqui acaba de echar abajo la teoría de la participacion, ya tan fuertemente atacada por el Sr. Passy, con el siguiente ejemplo: «El Sr. Dailly, uno de los más ilustrados agricultores, ha abierto una cuenta corriente para cada una de sus tierras, y otra para cada producto; y ha comprobado que en un período de treinta años, no ha obtenido jamás el mismo hombre sobre el mismo terreno cosechas iguales. Han variado los productos de 26.000 á 9 ó 7.000 francos, habiendo bajado algunas veces hasta 300. Hasta hay productos, las patatas, por ejemplo, que le arruinan de cada nueve veces una. ¿Cómo, pues, dadas esas variaciones, y sobre rentas tan inciertas, ha de ser posible establecer distribuciones exactas ni salarios uniformes para los trabajadores?...»

Se podria responder á esto que las variaciones de productos en cada pieza de tierra indican simplemente que es preciso asociar entre sí á los propietarios, despues de haberlos asociado con los jornaleros, hecho que estableceria una solidaridad más profunda; pero esto sería prejuzgar lo que está precisamente en cuestion, ó sea la organizacion del trabajo, lo que el Sr. Blanqui, despues de un maduro exámen, declara en definitiva imposible de encontrar. Es por otra parte evidente que la solidaridad no aumentaria en un óbolo la comun riqueza, y que por lo tanto, no afecta siquiera el problema de la division del trabajo.

Resulta de todo, que el beneficio tan codiciado, y

muchas veces problemático de los maestros, está léjos de cubrir la diferencia entre los salarios efectivos y los que se piden, y que el antiguo proyecto del Sr. Blanqui, mezquino en sus resultados, y repudiado por su propio autor, sería para la industria fabril un verdadero azote. Ahora bien, hallándose ya establecida en todas partes la division del trabajo, es posible generalizar el raciocinio, y decir por conclusion que *la miseria es un efecto del trabajo*, tanto como de la pereza.

Dícese á esto, y este argumento goza de gran boga en el pueblo: aumentese el precio de los servicios, duplíquese, triplíquese el salario.

Confieso que, á ser posible el aumento, se obtendria un completo éxito, diga lo que quiera el señor Chevalier, á quien sobre este punto debo corregir algun tanto.

Segun el Sr. Chevalier, si se aumentase el precio de una mercancía cualquiera, aumentaria en la misma proporcion el de los demás artículos, y no resultaria ventaja alguna para nadie.

Este raciocinio, que los economistas se pasan unos á otros hace un siglo, es tan falso como antiguo; y correspondia al Sr. Chevalier, en su calidad de ingeniero, enmendar la tradicion económica. Siendo el sueldo de un jefe de negociado de 10 francos diarios, y el salario de un jornalero de 4: si se aumentase de 5 francos la renta de cada uno, la relacion de sus fortunas, que en el primer caso es como 100 es á 40, sería sólo en el segundo como 100 es á 60. Efectuándose necesariamente el aumento de los salarios por adición y no por cociente, sería por lo tanto un excelente medio de nivelacion, y merecerian los economistas que los socialistas les devolviesen el cargo de ignorantes, que tan gratuitamente y tan á diestro y siniestro se les hace.

Digo, empero, que es imposible semejante aumento, y hasta absurdo suponerlo: porque, como por otra parte lo ha visto muy bien el Sr. Chevalier, la cifra que indica el precio del jornal no es más que un exponente algebraico sin influencia alguna en la realidad, y lo que conviene ante todo aumentar, no sin dejar de rectificar las desigualdades de la distribución, es, no la expresion monetaria, sino la cantidad de los productos. Hasta aquí, todo movimiento de alza en los salarios no puede tener otro efecto que el de un alza análoga en el trigo, el vino, la carne, el azúcar, el jabon, el carbon de piedra, etc., es decir, el efecto de una carestía. Porque ¿qué es el salario? Es el valor líquido del trigo, del vino, de la carne, del carbon de piedra; es el precio integrante de todas las cosas. Vamos más alla: el salario es la proporción de los elementos que componen la riqueza y son consumidos todos los dias reproductivamente por las masas de los trabajadores. Ahora bien, doblar el salario, en el sentido en que lo entiende el pueblo, es atribuir á cada uno de los productores una parte mayor que su producto, lo cual es contradictorio; y si el alza no afecta sino un pequeño número de industrias, es provocar una perturbacion general en los cambios, en una palabra, una carestía. ¡Libreme Dios de echarme á profeta! mas á pesar de toda mi simpatía porque se mejore la suerte de las clases jornaleras, es, lo declaro así, es imposible que las huelgas por coalicion, cuando van seguidas de un aumento en los salarios, no conduzcan á un encarecimiento general: es esto tan cierto como dos y dos son cuatro. Por semejantes medios no llegarán los obreros á enriquecerse, ni lo que es mil veces más precioso, á ser libres. Apoyados los obreros por una prensa imprudente, con exigir un aumento de salario, han fomentado el monopolio más bien que sus intereses:

¡ojalá reconozcan el amargo fruto de su inexperiencia cuando llegue á reproducirse de un modo más acerbo su malestar!

Convencido de la inutilidad, ó mejor dicho, de los funestos efectos del aumento de los salarios, y comprendiendo perfectamente que la cuestion es del todo orgánica y de ninguna manera comercial, el señor Chevalier toma al revés el problema. Pide para la clase jornalera, ante todo, instruccion, y propone en este sentido vastas reformas.

¡La instruccion! esta es tambien la palabra del Sr. Arago para los obreros, este el principio de todo progreso. ¡La instruccion!... es preciso saber una vez por todas lo que de ella podemos esperar para la resolucion del problema que nos ocupa: es preciso saber, digo, no si es de desear que todos la reciban, cosa que nadie pone en duda, sino si esa instruccion es posible.

Para apreciar bien todo el alcance de las miras del Sr. Chevalier, es indispensable conocer su táctica.

El Sr. Chevalier, amoldado de antiguo á la disciplina, primero por sus estudios politécnicos, luego por sus relaciones sansimonianas, y finalmente por su posicion universitaria, no parece admitir que un alumno pueda tener otra voluntad que la del reglamento, ni un sectario otro pensamiento que el de su jefe, ni un funcionario público otra opinion que la del Gobierno. Puede ser esta una manera de concebir el orden tan respetable como cualquiera otra, y no trato por ello de aprobarla ni de censurarla. ¿Tiene el Sr. Chevalier que emitir algun juicio que le sea propio? En virtud del principio de que es lícito todo lo que no está prohibido por la ley, se apresura á tomar la delantera y á dar su parecer, sin perjuicio de adherirse luego, si es preciso, á la opinion de la autoridad. El Sr. Chevalier, ántes de colocarse en las filas cons-

titudinales, se había entregado al Sr. Infantin; así se había explicado también sobre los canales, los ferro-carriles, la Hacienda y la propiedad, mucho antes de que el ministerio hubiese adoptado sistema alguno sobre la construcción de los caminos de hierro, la conversión de las rentas, los privilegios de invención, la propiedad literaria, etc.

El Sr. Chevalier, por lo tanto, no es, ni con mucho, admirador ciego de la enseñanza universitaria, y mientras no varíen las cosas, no repara en decir lo que piensa. Sus opiniones son de las más radicales.

El Sr. Villemain había dicho en su dictámen: «El objeto de la segunda enseñanza es preparar de lejos un núcleo de hombres escogidos para todos los puestos que hay que ocupar y servir en la administración, la magistratura, el foro y las diversas profesiones liberales, incluso los grados superiores y las especialidades científicas del ejército y armada.»

«La segunda enseñanza, dice sobre este punto el Sr. Chevalier (*), está destinada á preparar hombres que han de ser unos labradores, otros fabricantes, esos comerciantes, aquellos ingenieros libres. Ahora bien, en el programa todas esas gentes están completamente olvidadas. La omisión es un poco grave, porque al fin el trabajo industrial en sus diversas formas, la agricultura, el comercio, no es en el Estado un accesorio ni un accidente, sino lo principal... Si la Universidad quiere justificar su nombre, preciso es que marche en este sentido; de no, verá levantarse frente á frente de ella una *universidad industrial*..... Será esto altar contra altar, etc.....»

Y como es propio de una idea luminosa ilustrar todas las cuestiones que con ella se rozan, proporciona la enseñanza profesional al Sr. Chevalier un

(*) *Diario de los Economistas*, Abril de 1843.

medio muy expedito de cortar de paso la querrela entre el clero y la Universidad sobre la libertad de enseñanza.

«Preciso es convenir en que se hace el caldo gordo al clero con dejar que la latinidad sirva de base á la enseñanza. El clero sabe el latin tan bien como la Universidad, como que el latin es su lengua. Su enseñanza por otra parte es barata: y es por lo tanto imposible que no atraiga una gran parte de la juventud á sus pequeños seminarios y á sus colegios de segunda enseñanza superior y completa.....»

La conclusion viene de suyo: cámbiense las materias de la segunda enseñanza, y se descataloga el reino; y como el clero no sabe más que el latin y la Biblia, y no cuenta en su seno ni maestros industriales, ni agricultores, ni tenedores de libros; como que entre sus cuarenta mil sacerdotes no hay quizá veinte que sepan levantar un plano ni forjar un clavo, no tardará en verse á quién darán la preferencia los padres de familia, si á la industria ó al breviario, ni en saberse si creen ó no que el trabajo es la más bella de las lenguas para orar á Dios.

Así acabaría esa ridícula oposicion entre la educación religiosa y la ciencia profana, lo espiritual y lo temporal, la razon y la fe, el altar y el trono, rúbricas viejas ya faltas de sentido, con que se divierte el público bonachon, ínterin llega el momento de que se enfade.

El Sr. Chevalier no insiste, por lo demás, en esta solución: sabe que religion y monarquía son dos compadres que, aunque siempre en riña, no pueden existir el uno sin el otro; y por no despertar sospechas, se lanza á una idea revolucionaria, la igualdad.

«Francia podría dar á la escuela politécnica veinte veces más alumnos de los que hoy da (el término medio, hoy de 176, sería entónces de 3.520). La

Universidad no tiene más que consentirlo..... Si mi opinion fuera de algun peso, sostendria que la aptitud para las matemáticas es *mucho menos especial* de lo que comunmente se cree. Recordaré el éxito con que niños, tomados por decirlo así al azar en las calles de París, siguieron la enseñanza de la Martinière, por el método del capitán Tabareau.»

Si la segunda enseñanza, reformada con arreglo á las miras del Sr. Chevalier, fuese seguida por todos los jóvenes franceses, en lugar de serlo como lo es ordinariamente por sólo 90.000, no habria exageracion alguna al elevar la cifra de las especialidades matemáticas de 3.520 á 10.000; pero tendríamos por la misma razon 10.000 artistas, filólogos y filósofos;—10.000 médicos, físicos, químicos y naturalistas;—10.000 economistas, jurisconsultos y administradores;—20.000 industriales, contra maestros, negociantes y tenedores de libros;—40.000 agricultores, viñeros, mineros, etc.; total, 100.000 capacidades por año, ó sea cerca del tercio de la juventud. El resto, como que en vez de ser talentos especiales, no sería más que mezclas de diversas facultades, podria clasificarse indiferentemente en las demás categorías sociales.

Es indudable que si se diese tan poderoso vuelo á las inteligencias se aceleraria la marcha de la igualdad, y tengo para mí que tal es el deseo secreto del Sr. Chevalier. Mas lo que me trae precisamente inquieto, es que no hay jamás falta de capacidades, como no la hay de poblacion, y que la cuestion está en encontrar empleo para las unas y pan para la otra. En vano dice el Sr. Chevalier: «La segunda enseñanza daria menos lugar á que se la acuse de que arroja á la sociedad olas de ambiciosos faltos de los medios de satisfacer sus aspiraciones, y con interés de trastornar el Estado; personas desapplicadas é inaplica-

bles que no sirven para nada, y se creen, sin embargo, aptas para todo, particularmente para dirigir los negocios públicos. Los estudios científicos exaltan menos los ánimos. Los ilustran y los arreglan á la vez, y adaptan al hombre á la vida práctica...»—Este lenguaje, le replicaré, es bueno para tenido con patriarcas: un profesor de economía política debe respetar más su cátedra y su auditorio. El Gobierno no dispone todos los años sino de ciento veinte plazas para los ciento setenta y seis alumnos que admite en la escuela politécnica; ¿en qué atolladero no se veria si los admitidos fuesen diez mil, ó, admitiendo la cifra del Sr. Chevalier, tres mil y quinientos? Y generalícese: el total de destinos civiles es sesenta mil, ó sea tres mil vacantes por año; ¡qué horror para el Gobierno si, adoptando de pronto las ideas reformistas del Sr. Chevalier, se viese asediado de cincuenta mil pretendientes! Se ha hecho repetidas veces la siguiente objecion á los republicanos, sin que la hayan jamás contestado: Cuando tenga todo el mundo su privilegio de elector, ¿valdrán más los diputados, ni estarán más adelantados los proletarios? Hago la misma pregunta al Sr. Chevalier: Cuando tenga usted por año cien mil capacidades, ¿qué hará V. de ellas?

Para colocar esa interesante juventud, será preciso bajar hasta el último escalon de la jerarquía. Deberán los jóvenes empezar, despues de quince años de sublimes estudios, no como hoy, por los grados de ingeniero aspirante, de subteniente de artillería, de alférez de navío, de sustituto, de interventor, de guarda general, etc., sino por los innobles empleos de trabajador de pala y azadon, de artillero, de dragador, de grumete, de pinche, de bodegonero. Allí será preciso que esperen que la muerte aclare las filas para adelantar un paso. Será muy posible que